

drogodependencias. Y esta pretensión la cumple sobradamente el autor ayudándose de una redacción clara, básica y poco técnica.

BELÉN CHARRO BAENA

ALAIN BADIOU, *¿Qué representa el nombre de Sarkozy?*, Vilaboa, Pontevedra: Ellago Ediciones, Colección Ensayo, 2008 (traducido del original francés por Iván Ortega Rodríguez).

Alain Badiou, Profesor de la Ecóle Normale Supérieure de París, nos regala esta obra que bien podría estructurarse en tres partes diferentes. De esta manera, en una primera parte, comienza exponiendo el «antes» y el «después» de las elecciones presidenciales francesas de 2006 que dieron como resultado el triunfo de Nicolás Sarkozy, actual mandatario en El Eliseo.

La filosofía —dice el autor— «no puede sustraerse ante los acontecimientos cotidianos que afectan a un país cuando éstos provocan un frenesí generalizado en la población. El filósofo debe negarse a subestimar el papel de los afectos colectivos cuando vienen suscitados por los aparatos ideológicos del Estado y otros organismos con poder suficiente como para participar en esta tarea (*Medios de Comunicación Social*)». El miedo habría sido el gran protagonista de estas elecciones en las que los privilegios de que gozan millones de franceses parecen estar amenazados por extranjeros, obreros, jóvenes de las barriadas y los musulmanes. Se va a querer transmitir que *es necesario y urgente que alguien actúe para que esta amenaza no se materialice: un presidente-policía que salvará a la mayoría de los ciudadanos* (del inminente expolio). Por otro lado, el Partido Socialista también participaría del miedo: un «miedo al miedo de la derecha». *No se basa su campaña electoral en la propuesta de Programas Sociales de Integración sino que pide el voto por el miedo a que ganen «los otros»; amantes de un capitalismo desbocado* (producto de la globalización caótica que va a caracterizar este siglo). Si la política intenta desarrollar en lo real las consecuencias de las nuevas posibilidades que aparecen y son rechazadas por el estado de cosas dominante, habría que concluir que el voto al que la ciudadanía francesa está invitada es una práctica esencialmente apolítica porque toda cadena de miedos conduce a la nada: *El voto es la operación de esa nada*. Quien mejor sepa manejar el miedo será quien gane las elecciones. Badiou es consciente de cómo el filósofo trabajador sabe, mejor que nadie, que *el mundo nunca es tan nuevo como lo imagina la mayoría sino que la técnica más novedosa está al servicio de los procedimientos más antiguos*. El autor defiende que la situación del mundo actual es la guerra. Habría preferido que los ciudadanos occidentales hubieran escuchado con máxima atención las palabras del Presidente Bush Jr. en lugar de hacer burla. *«Nuestro horizonte es una guerra muy larga contra el terrorismo»*. El simple mantenimiento del orden establecido es, de por sí, bélico. Esto se debe a que este orden es patológico: fragmentario e injusto. La diferencia entre el mundo rico y el mundo pobre se mantiene sólo por la fuerza. *Occidente no vencerá*. Lo que se estaría buscando es demorar al máximo la derrota. Así, habría una dialéctica entre el miedo y la guerra. Se suele decir, aun-

que no es cierto, que el miedo habita en el interior (de la sociedad) y la guerra lo hace en el exterior. Ahora bien, Francia tiene en su historia particular un relato que aportar que se llama pétainismo, a saber: El Mariscal Pétain vendió Francia al Tercer Reich durante la II Guerra Mundial. Pétain es aquel que aparece tras el miedo generado por la terrible Gran Guerra de 1914 diciendo «hay que tenerle más miedo a la guerra que a la derrota». Hay que sobrevivir en la relativa tranquilidad de una derrota consentida. Tuvo éxito: rusos e ingleses sufrieron mucho más (y Alemania no ganó). Francia consintió a excepción de pequeños grupos que ofrecieron resistencia heroica. Pues bien, Badiou defiende que este pétainismo se ha trasladado a nuestros días (análogamente) aceptando las leyes del mundo tal cual son, sin crítica alguna: el servilismo a los ricos, la pobreza, la vigilancia de todos, las horas extra para ganarse la vida, la familia para asegurar las herencias y el *status quo*; la Patria para estar orgulloso de ser francés, participando de una identidad superior a las demás. El pétainismo tiende a convertirse en la lógica general de la situación. Un fenómeno de masas que se puede asentar y perpetuar lo cual permitiría que los mandatarios tengan las manos libres *en un gobierno que no sería muy diferente si fuera elegido a suertes en lugar de por el voto ciudadano*, porque el voto es la figura ficticia de una elección allí donde no se puede elegir entre dos o más cosas diferentes entre sí. En otro lugar del libro, su autor se arriesgará a explicar el pétainismo (de hoy, análogo al descrito) *como trascendental a Francia*, un término que parece más adecuado aplicar a un sujeto individual que a un país.

El autor exhortó a su alumnado a mantener una actitud estoica ante lo inevitable, pero la clase de después de las elecciones ganadas por Sarkozy está marcada igualmente por el dolor, *porque un dolor no duele menos por el hecho de ser esperado y sabido*. El análisis del objeto que provoca la depresión de su alumnado concluye que *no es exactamente Sarkozy sino, más bien, la «cosa» a la que él sirve*. Algo posible en cuanto que se acepta incondicionalmente el orden capitalista y la economía de mercado. Mucha gente ha votado, pero el autor se pregunta por qué lo han hecho, *visto lo que se les ofrecía*. Sin embargo, los medios de comunicación hablan de un gran triunfo de la democracia *como si sólo el número de votantes implicara el éxito en unas elecciones*. ¿No habría que observar también si algo de lo real aún permanece dentro de la democracia actual? Se trata de un presidente que quiere acabar con Mayo del 68 porque, ahora, *la sumisión de todos es absolutamente necesaria* para sobrevivir, y se da por hecha. Cuando el presidente se deja ver borracho en un selecto club, celebrando su victoria electoral, o de paseo en el lujoso yate de un multimillonario amigo suyo no está cometiendo un error que debe ser arreglado de inmediato por su gabinete de *marketing* para reestablecer su imagen, sino que prefiere hacer ostentación de estos actos —de pleitesía— *ante sus padrinos de las altas finanzas*.

La que podríamos llamar segunda parte de la obra de Alain Badiou comienza con una propuesta de ocho puntos posibles, pero que no se materializan, ni ahora ni el futuro que se vislumbra. Citaremos, a modo de ejemplo, dos:

- a) «Todo enfermo que solicite ser tratado por un médico ha de ser examinado y curado lo mejor posible, dentro de lo que permitan las condiciones de la medicina en ese momento determinado». Esto habría de hacerse sin condicionamiento previo de edad, nacionalidad, cultura, estatus administrativo o recursos financieros del enfermo. La cuestión de la Sanidad estaría siendo

totalmente absorbida por las consideraciones presupuestarias, por la persecución al extranjero y por la discriminación social.

- b) «Un periódico que pertenece a patronos ricos no debe ser leído por alguien que no sea ni patrón ni rico». Punto de posible aplicabilidad inmediata que nos llevaría a considerar la cuestión de a quién pertenecen verdaderamente los periódicos. También sucede lo mismo con los informativos televisados porque, de hecho, pertenecerían a todas aquellas personas que han puesto a Nicolás Sarkozy en la presidencia.

El octavo punto de los expuestos por Badiou es tan importante que le merece un capítulo aparte y dice: «*Hay un solo Mundo*». El capitalismo contemporáneo estaría alabando su propia cualidad de «mundial». Se habla por doquier de *mundialización* de tal forma que, hoy, el mundo es el lugar donde habitan los hombres y, además, es el escenario de una misma batalla política. La política entendida como la herramienta de transformación, que permitiría poder pasar de un mundo tal y como es en la realidad al mundo tal y como queremos que sea, ya ha pasado de moda debido al triunfo de unos parámetros de mundialización injustos, pero propuestos y defendidos a ultranza por el capitalismo contemporáneo. La primera reacción —previsible y lógica según el autor— ha sido la corriente llamada *Altermundismo*. Surgida de manera inevitable ante esta triste coyuntura internacional en la que se intentan desarrollar nuestras propias vidas. Defiende el poner una cierta atención en el cuidado del medioambiente, el desarrollo sostenible, la auténtica democracia, los Derechos Humanos y en seguir intentando la utopía del Estado Social de Derecho. Ahora bien, el autor dice que apenas existen ciudadanos capaces de comprender que sólo existe un mundo y se pregunta muy seriamente por la causa de esto. El actual capitalismo impone sus normas allí donde interviene, y este intervencionismo no controlado ya es de carácter global. Implícitamente, expresa cómo hay un mundo de los ricos-poderosos, y otro mundo de excluidos en permanente aumento. Esta contradicción evidente (un mundo, pero dos mundos) levanta sospechas bien fundadas acerca de la realidad de la mundialización. *Lo que acepta el nuevo capitalismo es el mundo de los signos monetarios y de los objetos. Los flujos financieros y los productos de mercado.* Cabe lo económico, pero no caben las personas. Sería una mundialización mal hecha y que no se debe defender. Es la imposición de una reducción de la vida humana *que no se va a aceptar* —dice el autor— porque perjudica a la mayoría. No habrá sumisión. Habrá intentos de integrarse en el lado rico del mundo, o simplemente de destruirlo; porque sólo los ricos tienen cabida en él, a cambio de negar la realidad en toda su completitud y variedad. La construcción de muros sería otro síntoma que hace que Badiou se reafirme en su postura. La Caída de El Muro de Berlín suponía el triunfo del mundo de la democracia. Ahora bien, inmediatamente después se levanta un nuevo muro entre los países del Norte y los países del Sur, excepto Australia. Y es que si la unidad del mundo es la de los objetos y la de los signos monetarios, nunca habrá unidad. Se trata de un modelo avocado al fracaso desde su mismo nacimiento. Además, uno de los términos que se usan para definirlo es el de «Expansión de la democracia». Una suerte de expansión que, hasta hoy, se ha manifestado en forma de guerra (Palestina, Irak, Afganistán o Somalia). No parece que se sostenga que para poder organizar unas elecciones democráticas sea necesario hacer primero una guerra (madre de odio,

resentimientos y terrorismo). ¿Qué clase de democracia podría salir de una guerra provocada con el fin de su propia implantación? La respuesta a esta pregunta no es clara ni alentadora. El Profesor Badiou apuesta por afirmar la existencia de un solo mundo para todos (que coincidiría geográficamente con el planeta que habitamos) como respuesta a la norma imperante de la ley monetaria que imposibilita ver la realidad de dos o más formas diferentes entre sí. El mero hecho de fijarse en las personas en lugar de los objetos posibilita la comprensión natural de que hay un mundo que todos compartimos, mientras que la actual visión divisoria precisa de un sistema de adoctrinamiento y propaganda para poderse mantener, y a unos costes escandalosos (también en potencias no occidentales, habría que añadir hoy). Se ha arruinado, de nuevo, el principio de un solo mundo de hombres y mujeres vivos. ¿Acaso debe una ley poner las condiciones necesarias para poder pertenecer al mundo? Aquí, el autor, pone el dedo en la llaga de nuestro siglo: Casi todos los recursos necesarios para poder vivir con dignidad (alimentos, hospitales, escuelas, agua potable...) se encuentran en los países occidentales, por lo cual nos encontramos ante el hecho de que si nuestras leyes fueran justas, tendríamos que compartir esos recursos con los millones de africanos que actualmente no los tienen y van a venir a buscarlos, con toda la energía y decisión que da al ser humano la necesidad de obtener las cosas más básicas que nos permiten vivir con un mínimo de dignidad.

El siguiente análisis del filósofo dice así: «Un sujeto de identidad A se puede desarrollar pacíficamente e integrarse en un entorno de sujetos con una identidad B. *Las identidades se pueden adaptar de una manera creativa a un nuevo entorno*». Para el autor es un hecho que ha experimentado personalmente. No es otra cosa que *miedo* aquello que impide que se produzcan los procesos de integración. Cuando estos procesos fracasan, el sujeto de identidad A se repliega fuertemente en su identidad originaria, y trata de desarrollarla en un entorno discordante, mientras que los sujetos que participan de una identidad B, y son mayoría, suelen acabar mostrando actitudes discriminatorias y racistas. La existencia de diferentes identidades culturales en el mundo no sería el obstáculo para la convivencia. El verdadero obstáculo es cómo queremos percibir esto. *La amistad entre personas que participan de diferentes identidades es el síntoma que nos descubre la posibilidad de la convivencia en igualdad*. Por este motivo, el mundo del nuevo capitalismo sería falso: rechaza las verdades más esenciales de la condición humana. Todas las existencias son igualmente valiosas y en un solo mundo es bueno, y hasta necesario, que coexistan diversas identidades. Ante esta situación de absurdo en la que vive occidente, Badiou apela a la valentía. La demostrada ineptitud de la clase política para gestionar las cosas públicas de un modo humano, y con el apoyo de todos los ciudadanos, requiere de una actitud valiente que sea capaz de explicar que sólo estamos obligados por la ley. No lo estamos ante una corporación empresarial, un periódico o un policía ignorante de su oficio.

El *Trascendental Pétainista* en el que vivimos, según la teoría del autor, quedaría definido por varios rasgos como:

- a) Una fuerte desorientación de los ciudadanos ante una inversión explícita del contenido real del Estado. Se trataría de hablar de una nueva libertad cuando en realidad estaríamos en el colmo del servilismo.

- b) La crisis moral que desborda al pueblo y deja las manos libres al Estado para elaborar nuevas formas de represión a falta de denuncias explícitas.

A esto hay que añadir —dice Badiou— el cómo Sarkozy *depende por completo* del Trascendental Pétainista cuya descripción se ha ensayado. Se trataría de una suerte de «Pétainismo light». Se basaría en la idea de que esto se puede llevar a cabo en la realidad porque todos somos susceptibles de ser corrompidos (a veces, sólo basta cambiarle el nombre a una cosa para poder llevarlo a cabo). Ni siquiera, entonces, habría que trabajar esta idea sólo en la mente, sino que se puede decir en voz alta pues la impunidad está asegurada. Ser corrupto, como ya se sabe, *no es un obstáculo para desarrollar una carrera política brillante, y salvarse de la prisión*. Alain Badiou defiende un poder público al servicio de las necesidades reales de los ciudadanos, a pesar de que esté asumida por la ciudadanía *la servidumbre del poder gubernamental a la buena marcha de los negocios, al crecimiento económico, a la abundancia de los mercados, a la participación de capitales, a los movimientos de las acciones, y a la prosperidad de los ricos*. De esta manera, se habría llegado a un punto en el cual ya no se sabe lo que es corrupción y qué no lo es. La corrupción, según nuestro autor, ya se habría instalado en la esencia misma de la democracia y ya no sería una desviación de ella sino uno de sus rasgos definitorios. Esta idea es discutible, pero clave para comprender la beligerancia de Badiou hacia la democracia contemporánea: la corrupción ya no es un fallo a corregir en nuestro sistema sino que *forma parte de su esencia misma* y no puede entenderse sin ella. Con el nuevo mandatario galo, se vuelve especialmente necesaria, dado el tipo de democracia que le va a tocar defender. Se crea, así, una nueva generación sumisa, y una nueva esclavitud cada vez menos disimulada.

La tercera parte de la obra de Alain Badiou trata sobre la llamada *Hipótesis Comunista* (La Hipótesis, a partir de ahora). Sobre si debe abandonarse o si debe continuar. Sobre si debe reimplantarse como respuesta a la actual situación de confusión e injusticia, y en qué condiciones y de qué manera se produciría tal implantación en el siglo XXI. La Hipótesis es entendida por el autor en un sentido muy amplio. Se comienza dejando claro que, aquel que la abandone no tiene otra salida que resignarse a la economía de mercado actual, a la democracia parlamentaria y a la medida de los capitales. Por esto, el comunismo no sólo es una mera hipótesis sino que sería *La Buena Hipótesis*, salvo que apareciera otra que demostrara lo contrario. El comunismo es una idea *referida al destino de la humanidad entera y no a una de sus partes*. En un primer sentido es negativo, en la medida que se manifiesta como reacción contra la lógica de clases y la subordinación de muchos a unos pocos. Requiere de una organización que es practicable. Elimina la desigualdad provocada por la riqueza, y también la alienación del trabajador, mediante la destrucción de la División del Trabajo. Parece que se trataría *más bien de una regulación que de un Programa porque estaría destinado a la permanente actualización frente a los cambios*, que naturalmente se irían sucediendo. La Hipótesis no se trataría de una forma organizacional nueva (de 1917, por ejemplo) sino que el autor ya la adivina en la rebelión de los esclavos liderados por Espartaco, o en la de los campesinos liderados por Thomas Münzer en Alemania. Ahora bien, se reconoce que mediante la Revolución Francesa, La Hipótesis inaugura la modernidad política derribando las estructuras mentales del Antiguo Régimen. «Desde su comienzo en la modernidad, la Hipótesis Comunista ya no coincide con la

Hipótesis Democrática, que es la que nos ha llevado al parlamentarismo contemporáneo donde hoy nos encontramos» —dice el autor—. Entonces, si lo que sostiene la existencia humana es la competencia, el libre mercado o los muros, *poco o nada vale dicha existencia*. Quedaría reducida a un nivel por debajo del de las hormigas, las abejas e, incluso, de las moscas. Este *ninguneo* de la inmensa mayoría de los seres humanos (del mundo) está hoy siendo defendido *bajo una imagen de cruzada conservadurista, una retórica militarista o por la exaltación de la disciplina del Trabajo*. Esto no quedaría demostrado en esta obra que ahora comentamos, sino que el autor remite a la letra de los discursos públicos de Bush, Blair o Sarkozy. Frente a este «ridículo hombre occidental» que se nos estaría obligando a ser, la izquierda se nos aparece como algo mediocre y hueco. Vacío de contenido claro y explícito. Tan sólo tendría un cierto *barniz de amabilidad social*. Ya el Mayo del 68 se tenía conciencia del fracaso del comunismo de Estado. Cuarenta años después, la Hipótesis Comunista sigue estando separada del Estado. Sin embargo, el autor se pregunta si puede un *Triunfante Sarkozy* dictar el sentido de la existencia y las tareas ineludibles de la Filosofía. Su respuesta es «no puede». Badiou nos pone —después— en antecedentes de lo que ha sido y es la Hipótesis Comunista: Comienza con una *Primera Secuencia* que habría durado alrededor de 80 años (1792-1871), desde la Revolución Francesa hasta la creación de la Comuna de París. Son fenómenos totalmente nuevos en su momento y que trascienden el ámbito francés. *Karl Marx asignaba a Alemania el fundamento filosófico de esta Secuencia. A Inglaterra el cariz científico por medio de la economía política. Y a Francia, el contenido político real dentro del orden práctico por medio del movimiento obrero francés*. La *Segunda gran Secuencia* de la Hipótesis, de una duración aproximada de unos 50 años (1917-1976). Comienza con la Revolución Rusa y termina con el fin de la Revolución Cultural China. Está separada cronológicamente 40 años de la Primera Secuencia. Hablaríamos ya de la consecución de la victoria, de la instalación real de la Hipótesis, y de la preocupación no tanto en la ideología como en la perduración en el poder. No se trataría de reformular la Hipótesis, cosa que ya se habría hecho durante la Primera Secuencia sino de centrarse en su realización práctica: «Entramos en el periodo de las revoluciones proletarias victoriosas», dirá Lenin. Se habla de *Pasión por lo Real* ya que lo que había soñado el siglo xix debía hacerlo realidad el siglo xx. Ahora bien, el Partido Soviético fue un elemento inadecuado para asegurar la perduración real y la transformación creadora propia de la Hipótesis. El Partido de Mao en China provoca una fuerte agitación de masas que degenera en una situación de caos y violencia. Parece que, fracase o triunfe, la violencia marca la acción social de la Hipótesis, aunque el autor no se lanza a analizar esta cuestión vital. La parte atractiva de la Hipótesis es que se opone a un sistema malo y discriminador en sí mismo, pero tal sistema lleva tanto tiempo calando en el imaginario social de occidente que se defiende siempre y con soltura de los ataques que cuestionan su estructura. Por esto, a partir de los años 70 del siglo xx, el Estado capitalista contemporáneo ha vuelto a imponerse en los espíritus, bajo amables disfraces sostenidos por gabinetes de *marketing*. Ya se tilda a la Hipótesis —sin problema— de *absurda, criminal e insostenible*. Sarkozy aboga por borrar el Mayo del 68 como si nunca se hubiera producido. Para el autor, estamos instalados en un periodo histórico mediocre pero, además, dominado por el enemigo. Y es que las figuras de acción que han nacido de la Hipótesis han sido muy problemáticas. Tanto así, que el Pétai-

nismo sigue siendo atractivo para las masas. En el siglo XXI aún no se ha encontrado unas figuras de acción adecuadas para sustituir a las anteriores (en una *Tercera Secuencia*). Este hallazgo sería posible en cuanto que la Hipótesis seguiría siendo válida, pero no se ha producido. El autor invita a la tarea de encontrar este nuevo modo de existencia de la Hipótesis adecuado para este siglo. Esta tarea sería fundamental y urgente, como él expresa: «... a partir de 1840 nos las tenemos que ver con unos grupos capitalistas cínicos, cada vez más convencidos de que sólo cuenta la riqueza. La aparición de zonas de miseria extraordinaria, desigualdades que crecen sin cesar y la completa disolución del poder político al servicio de los bienes».

IGNACIO SANCHO

MORITZ HUBER, *La estrategia del Oso Polar. Cómo llevar adelante tu vida pese a las adversidades*, Desclée de Brouwer, S.A., 2009, 81 pp.

El libro de Moritz Huber, nos dirige hacia una divertida y fascinante aventura paralela. El libro ejemplifica cómo hacer frente a las adversidades uniendo dos historias que a simple vista no tienen relación alguna. Conforme te vas adentrando en la lectura comienzas a descubrir que el autor vincula de manera sorprendente ambas historias.

*La Estrategia del Oso Polar* es un libro divertido, ligero y ameno. Estructurado en 6 prácticos capítulos; en donde a lo largo de ellos se narra la historia de un empresario con visión hacia lo grande y logros, confiado y comprometido con el trabajo en equipo. Gracias a su idea estratégica para favorecer la dirección de la empresa, propone una visita al zoo a sus empleados, para de salir de la rutina.

Una vez en el zoo, conforme los asistentes escuchan la increíble historia de supervivencia del protagonista del paseo: «el pequeño oso polar», se van logrando establecer pautas de comportamiento positivas entre ellos, que sin duda, repercutirán efectivamente en el camino futuro de la librería.

Este libro nos ilustra de manera muy amigable la actitud que podemos presentar ante diversos acontecimientos de la vida. El guía del zoo va narrando la historia del oso polar, las condiciones en las que nació y cómo se desarrolló su vida hasta llegar a ser adulto, y todo esto poco a poco se entrelaza con las historias personales de los asistentes, de cómo vivieron su infancia, los problemas a los que se enfrentaron y cómo y qué hicieron para resolverlos.

Esto hace que paralelamente se comiencen a establecer lazos más sólidos de compañerismo entre ellos, con lo cual se fomenta la comprensión, la paciencia y el conocimiento entre los trabajadores. Algunos ejemplos que cuentan los empleados sobre sus propias vivencias repercuten en otros de manera positiva.

*La Estrategia del Oso Polar* nos ayuda a comprender que lo que hagamos y sobre todo, la actitud que asumimos ante determinadas circunstancias de nuestra vida repercutirá definitivamente, en nuestro entorno de manera favorable o desfavorable.

Ejemplifica que, la vida privada influye en la vida laboral y viceversa, nos ayuda a pararnos por un momento y revisar nuestras prioridades, objetivos, nuestros fallos y éxitos.